

tamente y mi postura en la película es la ternura. Por eso el nombre "Queridísimos verdugos...". Desde este enfoque, el "ejecutor de sentencias" no es sino el último eslabón — y el menos significativo — de una larga cadena de verdugos, encabezada por el poder establecido y motivada por una concepción de la justicia que hace de la venganza su norma, de la violencia su razón de ser.

Pobres instrumentos de una "legalidad" inhumana, los verdugos constituyen la contrafigura de aquellos mismos a quienes

castradoras del ser humano. Pero en vez de reconocer estos factores y combatir contra ellos, nuestra sociedad se ha inventado una justicia "purificadora", que, bajo todo tipo de coartadas de conciencia, termina en el garrote... Y un hombre, un pobre hombre, quizá para no verse algún día al otro lado del "collarín", se apresta a manejarlo.

Un viento de locura corre por las imágenes de "Queridísimos verdugos": la locura de una colectividad enferma que baña en sangre sus propias culpas, sus

medios de comunicación se producen de esta manera, y si — especialmente — se reconoce tanto en el film como parecen indicarlo su éxito de taquilla y los cuatro Oscar conseguidos, es que nos hallamos ante uno de los fenómenos de estupidez colectiva más asombrosos de la Historia de la Humanidad. Esperemos que no, que la mayor parte de lo que las imágenes de "Network" contienen no sea más que una fantasía calenturienta de quienes las han imaginado, porque mantenemos la esperanza de que cualquier pueblo sólo es manipulable hasta un determinado punto, hasta una determinada pérdida de su sentido común. Y ese límite aparece aquí rebasado ampliamente.

Una de las constantes más acreditadas del cine de Hollywood la constituye su cultivo de la falsa denuncia: aparentar que se critica fuertemente a algo o a alguien sin que en realidad se llegue a una formulación en profundidad de tal crítica. Tradicionalmente, ese escapismo venía dado por el truco de cargar todas las responsabilidades de aquello que se ponía en cuestión a unas personas concretas, dejando a salvo, inmaculado, al sistema en cuanto que éste seguía siendo considerado como válido. Los problemas se reducían así siempre a "fallos humanos", a "debilidades de los personajes", a "vicios en su comportamiento o gestión". Paddy Chayefsky y Sidney Lumet, guionista y director, respectivamente, de "Network", desarrollan aquí otra alternativa: la de exagerar a tal grado los trazos de su presunta denuncia, la de hiperbolizar su crítica hasta un límite, que todo acaba convirtiéndose en una farsa donde nada ni nadie se sienten realmente agredidos. La apariencia revulsiva del film queda de esta forma totalmente desmentida, aunque muchos se acojan a ella para lanzar sus alabanzas sobre la "valentía" de la película.

Si "Network" (traducible por "Red", en su doble sentido de malla para apresar algo y de cadena de emisoras radiofónicas o televisivas) prometía una "dura descripción" de los manejos de una TV supercomercializada, con la subida de los índices de audiencia como única meta a la que subordinar cualquier principio ideológico, ético y profesional; si decía querer descubrir el funcionamiento de un capitalismo monopolista de altísimo grado de concentración, el método hiperbólico elegido consigue destruir cualquier eficacia crítica, no sin pedir auxilio a los esquemas melodramáticos más apollados. Hollywood ha sabido entenderlo así: sus cuatro Oscar, ninguno de ellos justo, es la recompensa. ■ F. L.

## "Elisa, vida mía"

Nos encontramos ante la mejor película de Carlos Saura, ante la obra más rica, más profunda, más abierta y más madura de cuantas nos había ofrecido hasta ahora el director de "La prima Angélica". Esta aseveración, que para los detractores de su estética no significará gran cosa, para otros supone encontrarnos ante un film que no puede ser definido, encasillado o resumido en unas simples líneas. "Elisa, vida mía" es una película excepcional, que sólo cobra auténtica vida con el contacto directo de cada espectador. Desde el complejo andamiaje de su narrativa (de su antinarrativa, pues nada más lejos de la narración simple de una anécdota es esta "Elisa, vida mía"), hasta la fascinación de cada una de sus imágenes, la relación película-espectador debe producirse sin intermediarios. Este comentario podrá parecer una huida a la concreción de juicios de valor, y de hecho lo es: reconozco mi incapacidad para concretar en este breve comentario toda la riqueza dialéctica, mágica y poética de esta película extraordinaria.

Dos personajes situados en la burguesía española de nuestros días se encuentran: una mujer visita a su padre al que hace años que no ve. Ese encuentro (anécdoticamente producido, como ha ocurrido en ocasiones anteriores por una crisis matrimonial de la hija) da pie a Carlos Saura para sugerir una serie de reflexiones sobre el vampirismo de la figura del padre (y no ya sólo en un sentido freudiano, sino con evidentes connotaciones políticas), y con él, el ejercido en general en las relaciones afectivas de cualquier pareja de esa clase y esa sociedad.



Dos de los "queridísimos verdugos" de Patino.



agarrotan: similar es su origen, parecidas sus experiencias, idénticas las motivaciones por las que unos y otros matan. De ahí que Patino haya ampliado el círculo inicial de su película para describir diversos casos criminales — algunos tan tristemente famosos como el de Monchito o el de Jarabo o el de los dos anarquistas ejecutados como inconfesados autores de la explosión de dos bombas en la Dirección General de Seguridad (1) — en los que sus verdugos han puesto el punto final. Tras los sensacionalistas titulares de "El Caso" que el film utiliza como testimonio principal, se esconden inveteradamente las causas reales del comportamiento de los asesinos (y el de los verdugos): no un cromosoma "especial", como intenta demostrar un profesor de la Fundación Jiménez Díaz, no unos "instintos criminales" de origen biológico, no un "vicio" que todo lo arrastra; sino un subdesarrollo material y cultural escalofriante, un desequilibrio psíquico nacido de los condicionamientos sociales, una represión sexual propiciada por ciertas doctrinas

propias responsabilidades. Esa es la gran lección que nos ofrece la espléndida película de Patino a través de unas imágenes que son crueles porque son nuestras. ■ FERNANDO LARA.

## Las falsas denuncias

Más que una denuncia de la televisión americana, "Network", lo es de todo el pueblo americano, porque si el comportamiento habitual de éste responde a cuanto muestra la película, si sus reacciones ante los



Faye Dunaway en "Network", de Sidney Lumet (1976).

(1) Entre los "asesinatos legales" descritos en "Queridísimos verdugos", extraña no ver ninguna referencia a la ejecución del dirigente comunista Julián Grimau en 1963. Quizá lo hayan impedido las habituales razones de censura o autocensura.